Concha Zardoya: poetisa, crítico y maestra en el exilio

Antonio Barbagallo
Stonehill College

Española por los cuatro costados, aunque nacida en Chile, Concha Zardoya ha dejado honda huella en el universo literario como creadora y como crítico, y ha entregado un enorme bagaje de conocimientos y de contagioso entusiasmo y amor a cuantos tuvieron la suerte de ser alumnos suyos.

Con 18 años se trasladó a España, y, lejos de sentirse exiliada, Concha pronto se sintió como "renacer", porque de hecho fue en España, país republicano y liberal, donde nació a la vida intelectual y sentimental. De raíces navarras y cántabras, después de haber residido en Zaragoza y en Barcelona, es en Madrid donde la joven estudiante de Valparaíso comulga con el espíritu castellano. Al igual que con el bilbaíno Unamuno y con el sevillano Machado, Castilla llena el alma de Concha. Su amor por España es incondicional y total, pero ella siente una especial debilidad por Castilla, y en particular por Madrid. Este dato es significativo, ya que influye en la obra literaria de la joven escritora.

Los estudios de Filosofía y Letras, interrumpidos por la guerra civil y por una difícil y dolorosa posguerra, se reanudaron en 1947, y en 1948 Concha se licenció en Filología Moderna por la Universidad de Madrid. Mientras tanto, entre el año 1942 y el 1946, y bajo el seudónimo "Concha de Salamanca", publicó 13 volúmenes de cuentos clasificados como "Historias y leyendas españolas" e "Historias y leyendas de Ultramar". Aquí, con sugestivos títulos como *El Anahuac conquistado, El Inca Garcilaso* y *La desolada Patagonia*, la autora demuestra que no ha olvidado su infancia y su primera juventud andinas. Pero, no es sólo en los cuentos donde muestra estar todavía ligada a su pasado de Ultramar, sino también y principalmente en el primer libro de poemas *Pájaros del nuevo mundo* publicado en 1946 por Adonais. En esta colección de poemas a las aves americanas, la poetisa explícitamente recuerda su pasado al poner debajo del título "Cóndor" la dedicatoria: "Al Aconcagua de mi niñez". Las aves pues, se convierten en símbolo de anhelada libertad durante la dura posguerra. Una libertad a la que se llega levantando el vuelo, un vuelo que, por añadidura, lleva a la niñez libertadora. Y así, con este libro dedicado a los pájaros, casi de forma simbólica, Concha Zardoya emprende el vuelo en el mundo de la poesía, el mundo que, más que otra forma de creación, le llenará la vida.

No podemos entretenernos en el análisis de la obra poética de esta excepcional mujer, porque éste no es el lugar para ello, y porque hay muchas más cosas que decir de ella; sin embargo, es absolutamente necesario hacer un brevísimo recorrido por algunos de sus libros.

En 1948, año de su licenciatura, Concha Zardoya se traslada a Estados Unidos, donde obtiene su doctorado por la Universidad de Illinois, y donde su quehacer poético, ya iniciado en España, se intensifica y multiplica. En tierras americanas empieza para la joven, pero madura Concha, un exilio voluntario que se traduce en honda, sentida, humana poesía. De las tres actividades emprendidas, la poética, la crítica y la docente, es lógicamente la primera la que nos revela la sensibilidad de una mujer que ha dejado atrás lo que había amado y sigue amando: España, sus ciudades, sus rincones, sus gentes. *Dominio del llanto*, accésit del Premio Adonais de 1947, había sido testimonio de cuán trágica y dolorosa se había revelado la guerra española para nuestra poetisa, y ahora, como modo de salvación de este llanto, Concha vuelve su atención y sus sentidos a los animales, a los árboles, a las cosas, creando *La hermosura sencilla* que se publica en 1953.

Pero detrás de las cosas y junto a ellas hay un mundo de signos llenos de misterio que en 1954 dan origen al libro *Los signos*. En 1955 gana el Premio Boscán por *Debajo de la luz*, libro que se publica en 1959. Es en esta obra, a mi parecer, que Concha Zardoya, con delicada sencillez y hermosura, intuye lo que es el mundo, el universo con todos sus seres que, justamente, viven "debajo de la luz". Demasiados son los poemas que merecen por lo menos un breve comentario, pero no puedo dejar de mencionar "La ventana", donde la poetisa se desdobla, o mejor dicho, donde ocurre una personificación o humanización de la ventana. La pobre ventana, como la poetisa, es testigo de lo que ocurre dentro y fuera y, como ella, se duele y llora, o se alegra y sonríe. Esta "pathetic fallacy" culmina en la última estrofa:

> Y maternal almohada le has dado
> a mi dolida frente: tú la sabes
> cercada por la vida y por los sueños
> que no pueden cumplirse en este mundo.
> Y he visto tu verdad y la he sentido
> tocarme el corazón muy quedamente.
> Y he mirado a la calle por tus ojos
> y con tu mismo amor reconocido
> la piedrecita azul, el niño rubio
> y el airoso caballo que galopa
> Ahora ya no sé si soy yo misma
> o si soy tu mirada enternecida.

"El jardín" es un hermoso poema donde al amanecer todavía todo duerme, donde el hombre y sus malas pasiones no han despertado:

> ¡Qué descanso mirar que todo duerme!
> Ni la pasión secreta ni los odios
> se asoman a este mundo de las rosas,
> dormidas en sus oros y granates.
> No existe el hombre así. El sueño solo.

Detecto en estos versos, quizás equivocadamente, lejana influencia albertiana, concretamente de algún poema de Sobre los ángeles y, en los siguientes, advierto ecos de la barbarie humana que la poetisa no consigue olvidar:

Duerme aún el jardín. Es cementerio
sin cruces y sin lápidas. Silencio.
Anticipos de muertos, ¡ay!, los hombres
descansan y son buenos cuando duermen.
¡Qué gran corona blanca, sí, la aurora!
Están muertos. En paz. Están dormidos.
¡Cuántos aman así! ¡Oh, cuánto aman!

El amor por el arte en todas sus formas le inspira a Concha Zardoya más de un libro de poemas, desde *Mirar al cielo es tu condena* de 1957, gran homenaje a la figura creadora de Miguel Angel, hasta *Poemas a Joan Miró* de 1984, pasando por *Los ríos caudales* de 1982, apología a los grandes poetas del 27, amigos suyos. La soledad causada por el destierro y por la pérdida de seres queridos es el origen de *La casa deshabitada*, 1959, colección de poemas hondos, bonitos y llenos de humanidad. Basta señalar aquí que el libro se abre con esta dedicatoria: "Para los que son o están solos..." El tema de la muerte, presente en más de un libro, ocupa en particular todas las páginas de *Elegías* de 1961, y muchas de *Corral de vivos y muertos*. Este libro, publicado en Buenos Aires en 1965, está saturado de la España vivida y añorada por la poetisa. España triste y sola, España de la guerra y de la muerte, pero España noble, la que nos hace pensar en Unamuno y Machado. Los poemas de una sección del libro habían sido escritos entre 1939 y 1947 en Madrid, y algunos formaban parte de *Dominio del llanto*, 1947, pero, por razones de censura habían sido suprimidos. *Hondo Sur*, de 1968, recoge en forma poética el drama de los negros de las tierras bajas del Mississippi y de las plantaciones sureñas; y libros como *Donde el tiempo resbala*, 1966, *Las hiedras del tiempo*, 1972, y *Manhattan y otras latitudes*, 1983, recogen poemas escritos en diversos lugares del mundo o dedicados a distintas ciudades como su Valparaíso de la infancia o la Florencia artística. Preceden o siguen muchos otros libros; entre ellos, *El corazón y la sombra* ganó el premio "Fémina 1975", y *Ritos, cifras y evasiones* el premio "Café Marfil de Elche 1980".

Con la llegada de la democracia y después de casi treinta años de ausencia, de angustioso destierro y de añoranzas, Concha Zardoya vuelve a España definitivamente en 1977. De todo lo que supone este regreso nace la obra culminante que cierra el círculo del quehacer poético del exilio; *Retorno a Magerit*, 1983, recoge poemas que en primera persona o en un desdoblamiento en segunda persona derraman todas las emociones e impresiones de un ser sensible que tanto ha añorado su querida ciudad. La emoción de la expectativa, la tristeza de la constatación de que ya ha desaparecido lo que se quería y se esperaba encontrar, la dulce sorpresa, el pasmo de ver que calles, plazas, rincones y cosas siguen como antes, como en los días jóvenes, la decepción de una juventud sin rumbo y sin ideales, la extrañeza de lo nuevo, como la vida subterránea del "metro" o el lenguaje de los jóvenes, todo esto, y más, está vertido en títulos como "Sumerges en la calle tu mirada", "Aquí viví", "Ha venido la ausencia a sepultarse", "Jóvenes somos", "Bazar de las desdichas" y "Plaza Mayor". Termino estas observaciones sobre la actividad poética de Concha Zardoya, añadiendo que, aun en los más dolorosos poemas, lejos de encontrar

sentimentalismos, sólo intuimos la tragedia humana y el dolor personal, ya que respiramos la estoica entereza y serenidad de una mujer herida, pero fuerte y llena de perseverancia, amor, fe en los demás, y sobre todo en sí misma.

Antes de trasladarse a Estados Unidos en 1948, Concha Zardoya había traducido la obra en prosa y verso de Walt Whitman, iniciando así unos estudios americanistas y comparativos que todo estudioso de literatura comparada (hispano-norteamericana) debería conocer. Los continuó con una tesis doctoral en Illinois, titulada "España en la poesía americana", y con una *Historia de la literatura norteamericana*, valioso monumento a una literatura poco conocida en España. Como ella misma menciona en la "Nota Preliminar" al libro *Verdad, belleza y expresión*, los estudios comparativos por parte de españoles han sido pobres. Por esa razón, esta mujer de aspecto frágil pero de espíritu fuerte, ha participado en muchos congresos internacionales sobre literatura comparada "con el fin de representar a España de algún modo [...] y hacer presente la "contribución" o "participación" española—modesta, modestísima—en tales estudios" (11). El libro que acabo de mencionar, lo publicó la autora en Barcelona en 1967 (EDHASA), y es en gran parte un análisis agudo y fino de obras o aspectos de obras de poetas americanos como Edgar Allan Poe, Ezra Pound, John Dos Passos y Robert Frost. Estos no son los únicos autores estudiados en este libro, y entre otros figura un madrileño, contemporáneo de Unamuno, que escribe en inglés. Su nombre es Jorge Santayana.

A pesar de la importancia de las mencionadas obras, lo que sitúa a Concha Zardoya en el podio de los grandes críticos es su amplia colección de estudios sobre literatura española. Ha publicado innumerables artículos en las más prestigiosas revistas literarias del mundo sobre distintos autores de distintas épocas, entre ellos Cervantes, Bécquer, Unamuno, Machado, Lorca y Miguel Hernández. Del joven poeta-pastor publicó una importante biografía crítica titulada *Miguel Hernández. Vida y obra*, y la editorial Guadarrama le publicó *Poesía española contemporánea* en 1961. A este libro le siguió *Poesía española del 98 y del 27*, publicado por Gredos en 1968, pero una versión modificada, ampliada y definitiva de ambos libros apareció en 1974 bajo el título de *Poesía española del siglo XX*, también publicada por Gredos. Los cuatro tomos que componen este título no deberían faltar en la biblioteca de quien estudie o simplemente ame la poesía española de este siglo. Concha Zardoya ha participado en muchísimos congresos internacionales y ha dado innumerables conferencias en entidades culturales de Europa y de América sobre los más variados temas literarios.

Con esto ya podemos pasar a hablar de su actividad docente que empezó a su llegada a Estados Unidos en 1948. Se podría resumir con una palabra, "excelencia", pero no estoy seguro de que esa palabra llegue a decir todo de esta mujer, de esta maestra de maestros. Creo que habría que inventar un calificativo sólo para aplicárselo a ella.

La profesora Zardoya empezó a dar clases de literatura española en la Universidad de Illinois, y después pasó por las de Tulane, Yale, California, Barnard-Columbia, Indiana y Massachusetts, de donde se jubiló y donde yo la conocí. Era en las aulas de la Universidad de Massachusetts-Boston, en donde yo y tantos otros oíamos la entusiasmada y entusiasmante voz de mi querida maestra, junto a los ruidos metálicos de los antiguos radiadores,

las pisadas de Rocinante y del rucio, la voz iracunda de don Quijote, los gritos del Sancho manteado, las risas de las mozas de la venta. La señorita Zardoya explicaba y a la vez exigía nuestra participación; pero, más que exigir, inspiraba en nosotros la confianza de poder participar. Daba vida a los personajes de las novelas que estudiábamos, como también daba emoción y sentido a los más herméticos poemas de Lorca, Alberti o Alexandre. Veíamos también a don Antonio en el entierro de un amigo, le oíamos preguntar patéticamente a su amigo Palacios por la primavera soriana, y lo observábamos pasear debajo de los álamos del río o trepar por los grises peñascales. Valle Inclán, Baroja y en especial Unamuno se metían por nuestras venas, en nuestra sangre.

La vivacidad, la energía, el entusiasmo, la sabiduría y el amor que mi profesora derramaba eran para todos enfermedades contagiosas. Este era el gran don de Concha Zardoya, el saber contagiar el amor por la literatura, el amor por la hermosura, el amor por la cultura, por España, y sobre todo, por la verdad. Sabía al mismo tiempo dialogar con el alumno, respetar sus opiniones y enseñarle a querer aprender. Muchos han sido los profesores que he tenido durante mi vida de estudiante en Estados Unidos y en España, muchos de ellos excelentes, pero ninguno me ha enseñado tanto y ha dejado tan profunda huella en mi ser como lo ha hecho Concha Zardoya.

Tengo ahora el gran honor y la fortuna de poderle dar las gracias a mi querida maestra publicamente: gracias por haberme dado la oportunidad de ser uno de sus muchos afortunados alumnos; gracias, gracias, gracias Concha Zardoya.

Obras citadas

Alberti, Rafael. *Sobre los ángeles*. Buenos Aires: Losada, 1959.

Zardoya, Concha. *El Inca Garcilaso*. Madrid: Aguilar, 1943.

—. *El Anahuac conquistado*. Madrid: Aguilar, 1944.

—, traductora. Prólogo. *Cantando a la primavera* de Walt Whitman. Madrid: Adonais, 1945.

—. *La casa deshabitada*. Madrid: Insula, 1959.

—. *El corazón y la sombra*. Madrid: Insula, 1977.

—. *Corral de vivos y muertos*. Buenos Aires: Losada, 1965.

—. *Debajo de la luz*. Barcelona: Instituto de Estudios Hispánicos, 1959.

—. *La desolada Patagonia*. Madrid: Aguilar, 1944.

—. *Dominio del llanto*. Madrid: Adonais, 1947.

—. *Donde el tiempo resbala*. Montevideo: Cuadernos Julio Herrera y Reissig, 1966.

—. *Elegías*. Caracas: Lírica Hispana, 1961.

—. Ensayo crítico biográfico y bibliografía. *Obras escogidas*, de Walt Whitman. Madrid: Aguilar, 1946.

—. *España en la poesía americana*. Tesis University of Illinois. Ann Harbor (Michigan): University Microfilm - International, 1983.

—. *La hermosura sencilla*. New York: Hispanic Institute in the United States, 1953.

—. *Las hiedras del tiempo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1972.

—. *Historia de la literatura norteamericana*. Barcelona: Labor, 1956.

—. *Hondo Sur*. Madrid: El Bardo, 1968.

—. *Manhattan y otras latitudes*. Colección Esquio. El Ferrol: Sociedad de Cultura Valle Inclán, 1983.

—. *Miguel Hernández, 1910,1942. Vida y obra*. New York, Hispanic Institute in the United States, 1955.

—. *Mirar al cielo es tu condena*. Madrid: Insula, 1957.

—. *Pájaros del Nuevo Mundo*. Madrid: Adonais, 1946.

—. *Poemas a Joan Miró*. Madrid: Los libros de Fausto, 1984.

—. *Poesía española contemporánea*. Madrid: Guadarrama, 1961.

—. *Poesía española del 98 y del 27*. Madrid: Gredos, 1968

—. *Poesía española del siglo XX*. Madrid: Gredos, 1974.

—. *Retorno a Magerit*. Madrid: Comunidad de Madrid, 1983.

—. *Los ríos caudales*. Madrid: Corcel, 1982.

—. *Ritos, cifras y evasiones*. Madrid, Endymión, 1985.

—. *Los signos*. Alicante: Colección Ifach, 1954.

—. *Verdad, belleza y expresión*. Letras Anglo Americanas. Barcelona: EDHASA, 1967.